

La puerta angosta

*"Esforzaos a entrar por la puerta angosta;
porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán."*
Lc. 13:24

No basta con procurar; que es interesante término, aunque totalmente inútil para lo único que es útil.

Espanta la frase del Cristo: ¡Muchos!, ¡muchos los que procuran y no entran!

Los tres vocablos puestos así, tan juntos, tan enlazados, aterran: procurar, entrar, angosta puerta. Muchos los que no podrán. Tú, y yo, acaso, entre ellos. Mientras más sean, mayores oportunidades de formar parte del grupo.

Procurar es verbo flojo. Para los flojos. El que procura no mete el alma. Tienta. Se asoma. Serlo aterra. Ser de los que gritan Señor; de los que van por el mundo pregonando; sin considerar que más gritan los del cotarro, con más pulmones y fierezas. Y parece que es fácil serlo, porque son a montones, según la frase esa, la de allá arriba, la que encabeza.

¿Dónde la puerta? No en los mares ni en los sembrados, ni en las plazuelas, ni en campos, ni en montañas. Esos no tienen puertas. Tampoco los caminos, ni aun *el* camino. Quizá atine con el sendero; pero se trata de una puerta, chiquita, estrecha, a la que hay antes que localizar porque no te dicen dónde se encuentra. No dice puertas. Es puerta, en singular. Y por esa puertecita –¡primero hallarla!-- tenemos que entrar todos, muchos al mismo tiempo, a empujones, a dentelladas, con extrema violencia, brutal, salvajemente –todo lo que no sea procurar-- si queremos pasar por ella. Y no cabemos; no caben tantos, al mismo tiempo, por un tan ínfimo agujero en medio de la nada. Por eso son tantos los que no entran. No procurando, a tientas. O soy un tonto, un insensato; o esto es horrible.

Quedarse afuera ¿Adónde? ¿En medio de qué sombras, de qué terrorífico, maléfico lugar? Porque no es éste, éste de ahora; sino es el lugar, específico, determinado, puntual, por donde dicen que hay que entrar. Afuera. Sin Dios y sin defensa; que Él está adentro, del otro lado, adonde ya no pude, ni puedo, ni podré entrar. No va a abrir, aunque toque con puños y a patadas. Está cerrado ya. Cerrado y para siempre. No importa cuánto llore, ni desgañite, ni implore, ni dé alaridos. Cerrado queda. No me abrirán.

No podrá nadie abrirnos, porque no pueden desde adentro. Y aunque pudieran no se atreverían porque del otro lado no saben quién soy, ni quién tú eres; amén que se confunde chillido con chillido, blasfemia con blasfemia, rugido con rugido; y se hacen inidentificables los que braman, suplican, gruñen, bufan, berrean, rechinan dientes.

Parece un Cristo incommovible, duro, sordo. Como yo ahora. Parece que pagara con la misma, mismísima moneda con que yo pago. El mismo trato. El sin amor, con sin amor se paga.

¿Es la puerta la muerte? ¿Es un lugar? ¿Seré, yo mismo, camino y puerta y sitio, e imposibilidad? ¿Será que de mi vida he hecho páramo baldío, sin cercas y sin tranqueras; y arrancado los ojos, voy con la legión a despeñarme, a hundirme en el abismo por huirle al abismal infierno sin saber que ya estoy en él, que estaba cuando hacía el camino? ¿Será que ante el Cristo en agonía desespero porque no soporto la luz, porque me encanta el fango y la cadena, y el afilado cuchillo de los porqueros?

Quiero esforzarme, no quiero tu rechazo. Quiero pasar; no quiero ver a Abraham y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras que soy arrojado a las tinieblas. Sé que vendrán de Oriente y de Occidente y del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Quiero estar allí; el último de todos, pero con ellos. ¡Sí me abrirán!... espero.